

Gregorio Reynolds



Discurso laudatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.

V parte

Era imposible que el poeta escapase a la influencias plenamente inspiradoras de la naturaleza. Y era imposible, dada la naturaleza del poeta, que no subjetivase los aspectos telúricos, convirtiéndolos en punzadas sexuales. Punzadas de novio ante la prometida, ya que todo poeta - y el nuestro más que otro alguno - ve la naturaleza con ojos nupciales.

Pero la prolongada contemplación del paisaje, del feudo agreste y de la belleza circundante, le crean estados de alma conducentes al determinismo islamita. Eso de ver que el árbol crece y el agua corre, que la lluvia y el sol tienen alternabilidades inexorables, que todo ocurre porque debe ocurrir y porque no puede ser de otro modo, en el biólogo y el naturalista es origen de postulados; en el filósofo lleva a creer en la armonía preestablecida, en las causas finales, en "el mejor de los mundos posibles", que rió Panglos; en el pensador teófilo conduce a la expresión de doctrinas panteístas. En el poeta, que no tiene más vehículos de apreciación verídica que su imaginación y su sensualidad, determina un estado de fatalismo ora desconsolador, ora resignado.

Es que el agua que corre, el árbol que crece, el suceso que ocurre porque debe ocurrir, se convierten en algo así como estratificaciones o, mejor, líneas conducentes a creencias de antemano radicadas y ni por el dolor erradicables.

Tal ha pasado en Reynolds. Quien sabe si en su ascendencia hay una brizna de sangre moruna ya que, como dice Ricardo Jaimes Freyre en versos clarividentes, el indio, el español y el sarraceno han intervenido en las formaciones étnicas de América. Pero tenga o no herencias de la medialuna, es lo cierto que su fatalismo existe y que, sintomáticamente, más parece derivado de la naturaleza que de la herencia. De ser hereditario, atávico o ancestral, tendría cierta permanencia. Y no la tiene. Aparece en forma esporádica, intermitente, en los momentos en que el poeta se sumerge en verde de campo, en acromía de agua o en azul de cielo.

De ser poeta objetivo -ya que la épica pura no es valor moderno y su evolución es la novela- Reynolds, en sus ataques de fatalismo, cantaría quietudes geológicas, concentraciones de mineral o, a lo más, crecimientos paulatinos e irremediables de plantas procesadas desde el germen. Lírico pura, lleva a la sensación tales visiones y, por acto de imaginación volitiva o de sensibilidad un poco ególatra, cree, con lealtad de buen aeda, que su vida es el único reflejo de la vida universal.

Mas como tiene de San Francisco la tolerancia y del Ingenioso Hidalgo la caballeridad, se resigna. Entonces nace el soneto "Conformidad". De tener una sensualidad de puro helenismo, acaso presumiría que estaba fatalmente destinado al amor o al desdén de todas las mujeres. Dado que en su sensualidad lo único ático es la base, su fatalismo al trasladarse a la actividad sexual produce versos que parecen rutas: con tal seguridad caminan por ellos los sentidos olfateantes e hiperestesiados.

Los grandes temperamentos sensuales, los gozadores impenitentes, Reynolds por ejemplo, creen que el placer es legado divino e intransferible. Lo cumplen con unción sacerdotal. Y creen que ellos mismos, son predestinados. Sienten en su sangre tal eficacia faunésca, que no pueden dudar de que han nacido con exclusivos destinos de Placer: Dionisos jamás dudó de que su Hado perentorio estaba en brazo de niñas, lechos de pámpanos, racimos de vid y tirsos omnipotentes. Afrodita, a su vez, también lo aseguraba así. Pese a su olimpica inviolabilidad, nunca supuso que estaba obligada a no holgarse con nadie que no fuera Hefestos.

Si a Reynolds fuéramos a localizarlo dentro del gracioso ciclo homérico, diríamos que es un temperamento dionisiaco. Si estuviéramos en un período creador de religiones, no faltarían un agrio y hosco profeta o un predicador tormentoso que hiciesen de Reynolds el tipo superhumano del placer simbolizante. Por desgracia, nuestra vieja humanidad está harta de la fantasía, no quiere lucidas creaciones inaccesibles, y, ante un temperamento sintético, lo primero que se le ocurre es desmenuzarlo en un gabinete de psicología experimental. Así como ha cogido a Helios, el ilustre hiperionida, para convertirlo en esa cosa horrenda que se llama el prisma y de la cual sale el espectro con todas sus sutilezas ínfimas y ultras.

Y mal podía proceder de otro modo esta humanidad desesperanzada. Goethe, uno de los últimos paganos auténticos, llamó a la imaginación hermana mayor de la Esperanza. Nuestro mundo adulto ha querido que muera la grácil pareja creadora. Por eso, ya no es posible que surja la epopeya a base de la barca precaria de Odiseo. Acortados el tiempo y el espacio, no tienen punto de referencia las inauditas correrías de un viajero. Entre los mapas hidrográficos y la nomenclatura de los vientos, Eolo, el de los odres propicios, y Poseidaón, el que mandaba en las aguas móviles, han muerto como pobres niños sometidos a una pedagogía positiva.

Si la Imaginación y la Esperanza a penas salen ya de su tumba de geminaciones fraternas, para deshonrarse en las novelas policíacas o en el eclán cinematográfico, es natural que los vates, hijos de ellas, pues no en vano son adivinos, vayan a refugiarse en las cavernas oscuras y desoladas del fátum. Y ante la vida demasiado gobernada, ante esta vida en que el Derecho y el Estado, pesan reglamentarios y docentes como dos fatalidades, los pobres arúspices cantores se niegan al análisis, admiten la verdad de la mentira, añoran la desnudez mientras desvisten a mujeres de última moda y se conforman con que la belleza vaya en tinteblas.

"No analices, Poeta", grita Reynolds, y acaso tiene razón. ¿Para que analizar?. Si la Imaginación y la Esperanza ya nada valen; si los Códigos y las Ordenanzas - oh Rey de las Partidas, ¿para qué escribiste las Cántigas de Santa María? - han agotado campos y senderos, es mejor sin duda no analizar, ya que ante aquella "mujer que finje que suspira" la obstinación analizadora rompería resortes delicadísimos del alma.

Y el fatalismo intelectual surge en Reynolds. Si de antemano sabemos cómo vamos a pensar la vida, porque el Estado y el derecho - en el Estado somos comanditarios y en el Derecho sujetos - se han ocupado de darle anaques y fichas a la inteligencia, es mejor que nos internemos en el bosque íntimo para buscar o abrir nuevas trocas o sorprender el canto de nuevas aves. Aquí está, acaso, la clave del subjetivismo apasionado y hermético que es característica de la poética contemporánea. Empezó con la democracia, guillotinatora de Chenier. Por la Democracia se envileció Verlaine. Por ella, todos los poetas se sumergen en pozos insondables. ¿Qué hay en la vida fuera de nosotros mismos?. Los demás, ¿son otros o somos nosotros desdoblados?

La Guerra actual (1918), está robusteciendo en los hombres el hábito de la discreción y las disciplinas torturantes del silencio. En 1940 o 1050, la sociabilidad ya no será instinto imperioso sino alarde macabro de misántropos o paradoja locuaz de desesperados mudos. Entonces comenzaremos a oír las más profundas intimidades humanas por boca de los poetas que harán de cada verso un símbolo espiritual. En las grandes novelas, también se apagará el objetivismo descriptivo y literatos taciturnos y fludamente zahortes, susesores de Stendhal y Bourget, nos darán novelas en que la trama psicológica sea tan viva, tan fina, tan colorida, tan limpia que logre hacer de la novela un gobelino dinámico.

La naturaleza misma, será algo más que un estado de alma. Será una traducción de intrincados dialectos anímicos, una clave que ayude a descifrar tremendas paleografías interiores. La geórgica prestigiosa, la pastoral dulce, la égloga adorable, la meliflua bucólica, quedarán como recuerdos de niñez; y los hombres las encontrarán pequeñas, como los tejidos encuentran diminutos los patios donde tan anchurosamente retozaron en la infancia.

(Continuará)